

Comprender al otro

Juan José Sanguinetti

Publicado en “Liceo Franciscano. Revista de Estudio e Investigación”, LXVIII (3ª época), Editorial El Eco Franciscano, Santiago de Compostela, Enero-Junio 2018, n. 210, pp. 107-112.

Abstract. Understanding other minds means, more deeply, sharing the intentional life of other people. Mutual sharing of cognitive and affective spaces of the intentional life is co-existential life, a phenomenon which requires development and virtues and culminates in friendship. Some fundamental steps of this process are: perceptual acknowledgment of other people; noticing their glance and that he/she recognizes one's identity; personal interaction (conversation); shared attention; feeling oneself in the presence of others. The major point is acknowledging others as persons, above any other individual difference.

Síntesis. Comprender otras mentes significa, más profundamente, compartir la vida intencional de los demás. El compartir mutuo de los espacios cognitivos y afectivos de la vida intencional es un vivir co-existencial, un fenómeno que requiere desarrollo y virtudes y que culmina en la amistad. Algunos pasos fundamentales de este proceso son: reconocimiento perceptivo del otro; advertir su mirada y que nos reconoce; interacción personal (conversación); atención compartida; sentirse en la presencia del otro. El punto esencial es el reconocimiento del otro como persona, por encima de cualquier otra diferencia individual.

1. Captar la vida ajena

La comprensión de lo que sucede en los demás forma parte de nuestra competencia participativa. Esta capacidad está en la base de las interacciones sociales. No podemos tener confianza en alguien si no somos capaces de imaginarnos al menos sus buenas intenciones. Perdemos interés en hablar con uno si nos parece que no sigue con atención lo que le decimos. Comprendemos y nos sentimos comprendidos en

reciprocidad. El fundamento del diálogo es la mutua compenetración de intenciones comunicativas expresadas en el lenguaje, la primera de las cuales es decir la verdad.

La filosofía clásica no trató este tema con suficiente amplitud. La tradición greco-latina lo tocaba de soslayo al ocuparse de la amistad, como hizo Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*, o en un plano teológico y místico, entre los autores cristianos, al considerar temas como el amor de Dios y al prójimo o la misericordia.

La filosofía racionalista, por su parte, al hacer de la conciencia y sus representaciones un principio fundamental, introdujo una raíz solipsista que impidió el desarrollo de una teoría de la comprensión de las conciencias ajenas. En otro extremo el conductismo, al centrarse en la observación del comportamiento externo, subestimó la capacidad personal de captar la interioridad ajena.

El panorama cambió cuando en la fenomenología se comenzó a hablar de empatía o capacidad de identificación con los estados emotivos de los demás (Husserl, E. Stein, Scheler). Más tarde la psicología cognitiva se refirió a la existencia de una *teoría de la mente* en los individuos, verificada entre otras cosas como la capacidad de distinguir entre lo real y la opinión ajena, lo que se nota por ejemplo cuando se es capaz de tener en cuenta lo que los demás piensan, sabiendo que se engañan. Los niños pequeños todavía no llegan a “descentralizarse”. Y no es porque se crean el centro, sino porque todavía no pueden reflexionar y distinguir entre la realidad y las creencias propias y ajenas.

Hoy conocemos mejor estos puntos gracias al descubrimiento de las neuronas espejo, que se activan cuando un individuo observa que otros realizan acciones significativas que le son familiares. La activación de esas neuronas supone una captación senso-motoria de actos externos dotados de finalidad, como ver, sintiéndolo como si lo hiciéramos nosotros, que una mano va a aferrar una taza de café para beberla. Las neuronas-espejo se encienden si se percibe un movimiento finalizado. Incluso un mono, al vernos agarrar una fruta, capta nuestros movimientos de una manera senso-motoria y no puramente visual. Es éste un nivel elemental de comprensión empática.

Fenomenológicamente esto ya lo sabíamos. Comprendemos las experiencias ajenas en la medida en que nosotros también las tenemos. Si no tuviéramos

sensaciones de dolor, no podríamos comprender las sensaciones ajenas dolorosas. No se trata sólo de empatía, sino de imitación y aprendizaje. Imitamos lo que hacen los demás por participación y así aprendemos inconscientemente muchas cosas de una manera vivencial y no conceptual.

2. Convivir personal

La participación en las vidas ajenas es un fenómeno normal en todos los niveles biológicos. Vivir es convivir. No es que los vivientes simplemente se relacionen entre sí. Más bien *comparten* aspectos de sus vidas en varios niveles de profundidad, sin perjuicio de su individualidad diferenciada.

La participación mutua de la vida a nivel vegetativo es la simbiosis. En los animales la simbiosis puede tener un alcance somatosensitivo. La reproducción sexual es una acción simbiótica. Igualmente, el feto vive de la madre y crece desde ella. El parásito vive de otro organismo a costa de dañarlo. La simbiosis está al servicio de la especie o de los organismos, aunque puede también favorecer a unos y dañar a otros. El “altruismo” en los cuidados de la prole supone un sacrificio para los padres (pero no debemos atribuir a los animales nuestras categorías morales). El caso extremo aquí de daño a la vida ajena es la alimentación a costa del cuerpo de otros vivientes.

Cierta filosofía interpretaría estas relaciones en términos negativos, como si la vida para uno implicara un daño para el otro. De ahí la idea de que los vivientes (animales, humanos) estarían fundamentalmente en lucha o en competición para obtener bienes vitales escasos. Así se interpreta a veces la evolución, con un esquema darwiniano. Pero la evolución puede entenderse mejor en términos cooperativos y simbióticos. Existe la lucha y la oposición, pero el fondo último de la vida es la participación y la convivencia. No se vive solos, sino que *se vive compartiendo la vida*.

Veamos a continuación algunos aspectos dinámicos de esta característica de la vida humana. La vida intencional –cognitiva, afectiva– surge en la primera infancia, desde la iniciativa comunicadora de la madre y el padre. Sólo este primer contacto cognitivo y emocional hace posible las reacciones intencionales elementales, junto al aprendizaje básico que ellas implican, en especial de la lengua materna. No es posible

aprender a hablar fuera de este ambiente cuasi-simbiótico intencional, en el que la imitación juega un papel de primer orden.

Desde aquí se procede hacia la madurez en las interacciones con los demás, que es sinónimo de madurez de la misma personalidad, pues el ser humano crece sólo conviviendo con otros. La existencia compartida implica una participación en espacios cognitivo-afectivo comunes, que varían en modalidad según los casos y el tipo de relación establecido con cada uno.

Un primer paso es el *reconocimiento perceptivo* del otro, sabiendo leer sus gestos, signos y expresiones, para así captar sus intenciones, motivaciones y emociones. Otro momento es *captar que el otro nos mira y reconoce*. A esto puede seguir el *encuentro personal interactivo*, por el que no sólo reconocemos sino que nos *dirigimos* a otro, de lo que se siguen una serie de pasos, con frecuencia de inmediato y sin premeditación: el otro *acepta y responde* a nuestro llamado, por ejemplo con un gesto de saludo, y nosotros a su vez *re-aceptamos* su aceptación, en una espiral que genera la conversación normal.

El encuentro puede ser sólo informativo, útil, funcional, pasajero, o puede ser prolongado y destinado a entablar una participación comunicativa de las propias vivencias, como sucede en la amistad o en el amor. Un punto que puede considerarse, además, es la *atención compartida* en torno a un objeto contemplado o una tarea.

Por otra parte, en la comunicación interpersonal cabe distinguir entre el encuentro puntual y la situación de estar habitualmente *en la presencia de otro*, es decir, estar situados ante su alcance cognitivo, lo que supone un encuentro potencial, que puede actualizarse en momentos concretos. La situación estable en las relaciones comprensivas entre los demás corre a cargo de los hábitos (virtudes). La misma amistad es ya una virtud. La relación amistosa busca la presencia, y ésta busca el encuentro. Naturalmente esto puede bloquearse por diversos motivos, algunos simplemente físicos, otros de carácter personal y más complejos (por ej., temor a que el otro pueda dañarnos).

Es interesante notar que nosotros, a diferencia de los animales, podemos captar el interior de los demás sin relación a nuestra propia vida, con “desinterés”, porque podemos ponernos “en la piel” de los otros pensando en ellos mismos, con

independencia de lo nuestro. Esto sucede incluso al ver una película en la que nos emocionamos con lo que sucede a los personajes, aunque esto no afecte a nuestros intereses.

El punto más importante en la comprensión del otro es nuestra capacidad de reconocerle *como persona*, lo que implica captarle como un otro yo con quien poder establecer una relación, si es el caso, lo que implica llegar efectivamente al núcleo del otro, a esa identidad suya que llamamos *yo*. Aunque esto es sencillo, pues se da normalmente en la vida ordinaria, tiene mucha importancia, porque es lo que distingue nuestra relación con los demás de la que puede darse con animales y robots, que no son personas. Puedo entrar en relación empática con un animal, pero no le reconozco como un otro yo, igual a mí o situado a mi nivel en dignidad. La amistad personal con un animal es imposible. Respecto a un robot humanoide, quizá –en teoría, como sugiere el test de Turing–, podríamos ser engañados, si éste simula tener actos personales, pero esto no sería más que un error, lo mismo que puedo confundir dinero auténtico con dinero falso.

Entonces, ¿qué significa encontrarme con una *persona*? La respuesta a esta pregunta sería larga filosóficamente. En la vida corriente distinguimos a las personas como *sujetos libres y autoconscientes*, cosa que captamos en nosotros mismos y en los demás. Así nos damos cuenta de que somos iguales y de que los demás valen tanto como nosotros mismos, ni más ni menos. A la vez, no siempre que conocemos a una persona podemos entablar con ella una relación personal, pues por motivos variados la comunicación personal puede ser imposible, sin que por eso ella deje de ser persona. Pero serlo significa, como dijimos, que vale tanto como yo y que por eso debo estimarla como lo hago conmigo mismo.

Comprender al otro es radicalmente, comprenderle como persona, con independencia de cómo sea. Esta comprensión es la base de la ética, aunque va más allá, porque llega a su cumplimiento, cuando es el caso, en la amistad personal.